

Jhumpa Lahiri

EL BUEN NOMBRE

Traducción del inglés de
Juanjo Estrella



*Para Alberto y Octavio,
a los que llamo por otros nombres*

El lector debe comprender que no podría haber sucedido de otro modo y que ponerle otro nombre habría estado fuera de lugar.

NIKOLÁI GÓGOL, *El capote*

1968

Una bochornosa tarde de agosto, dos semanas antes de salir de cuentas, Ashima Ganguli está en la cocina de su piso de Central Square y mezcla en un cuenco Rice Krispies, cacahuètes Planters y cebolla roja picada. Añade sal, zumo de limón y rodajas finas de pimiento verde picante. Ojalá tuviera aceite de mostaza... Lleva todo el embarazo consumiendo esta mezcla, vaga aproximación al tentempié que se vendía en las aceras de Calcuta y en las estaciones de tren de toda la India en rebosantes cucuruchos de papel de periódico. Incluso ahora, cuando ya casi no le queda sitio en la barriga, éste es el único antojo al que cede. Se echa un poco en la palma de la mano y lo prueba; sí, también esta vez falta algo. Mira sin ver la rejilla que hay sobre la encimera, de la que cuelgan sus utensilios de cocina, cubiertos todos por una fina película de grasa. Se seca el sudor de la cara con una punta del sari. Está descalza sobre el suelo de linóleo gris jaspeado y le duelen los pies, hinchados. También la pelvis, por el peso del bebé. Abre un armario cuyas baldas están forradas con papel adhesivo a cuadros amarillos y blancos. Lleva tiempo pensando en cambiarlo. Saca otra cebolla roja y arruga la nariz mientras le quita la capa exterior, crujiente y morada. Un calor desconocido le inunda el abdomen y, a continuación, nota un tirón tan fuerte que se dobla y ahoga un grito. Suelta la cebolla, que cae al suelo con un ruido sordo.

La sensación cesa y da paso a un molesto espasmo, más prolongado esta vez. En el baño descubre que tiene las bragas manchadas de una sangre densa y oscura. Llama a gritos a su marido, Ashoke, doctorando en Ingeniería Electrónica en el Instituto de Tecnología de Massachusetts, el MIT. Él estudia en el dormitorio, con los codos hincados en una mesilla plegable y sentado al borde de la cama, que consiste en dos colchones individuales juntos cubiertos por un batik rojo y morado. Llama a su marido, sí, pero no por su nombre. Cuando piensa en él, a Ashima nunca le viene a la mente su nombre, aunque sabe perfectamente cómo se llama. Ha adoptado su apellido, pero se niega a decir en voz alta esa palabra; no estaría bien. Eso no lo hace una esposa bengalí. Como los besos o las caricias de las películas indias, el nombre del marido es algo tan íntimo que no se pronuncia, que se oculta sabiamente. Así, en vez de gritar su nombre, formula una pregunta que se ha convertido en su sustituto y que, más o menos, podría traducirse como «¿Me estás escuchando?».

De madrugada, llaman a un taxi que recorre las calles desiertas de Cambridge y sigue por Massachusetts Avenue y Harvard Yard hasta el hospital Mount Auburn. Ashima formaliza el ingreso, responde a preguntas sobre la duración y la frecuencia de las contracciones, mientras Ashoke rellena los impresos. Está

sentada en una silla de ruedas y la llevan por unos pasillos muy iluminados hasta un ascensor, que es más espacioso que su cocina. En la planta de maternidad le asignan una cama junto a la ventana en una habitación que queda al fondo del pasillo. Le piden que se quite el sari de seda de Murshidabad y se ponga un camisón de flores. Le da un poco de vergüenza porque descubre que sólo le llega a las rodillas. Una enfermera se ofrece a doblarle el sari, pero los más de cinco metros de tela escurridiza la exasperan y acaba metiéndolo de cualquier modo en la maleta azul pizarra. El tocólogo, el doctor Ashley, delgado y apuesto a la manera de un lord Mountbatten, con el pelo entrecano de las sienes peinado hacia atrás, acude para ver si todo va bien. La cabeza del niño está donde tiene que estar, ha empezado a descender. Le dice que el parto aún está en fase inicial, que sólo ha dilatado tres centímetros. «¿Qué es “dilatarse”?», le pregunta, y el doctor Ashley junta dos dedos y a continuación los separa, explicándole esa cosa inconcebible que su cuerpo debe hacer para que el niño pueda pasar. «Es un proceso que lleva cierto tiempo», le explica el doctor Ashley. Como se trata de su primer embarazo, el parto puede prolongarse hasta veinticuatro horas; a veces incluso más. Busca el rostro de Ashoke con la mirada, pero él se ha quedado detrás de la cortina que el doctor ha corrido.

—Vuelvo enseguida —le dice su esposo en bengalí.

—No se preocupe, señor Ganguli —interviene una enfermera—. Todavía le queda mucho, tranquilo. A partir de ahora, nos hacemos cargo nosotros.

Ahora está sola, separada por cortinas de las otras tres mujeres con las que comparte habitación. Por los retazos de conversaciones que oye, sabe que una se llama Beverly y otra, Lois. La tercera, Carol, está a su izquierda. «Joder, esto es horrible», oye que dice una. «Te quiero, cariño», replica la voz de un hombre. Palabras que ella nunca ha oído ni espera oír de labios de su esposo; ellos no son así. Es la primera vez en su vida que duerme sola, rodeada de desconocidas. Hasta ahora siempre ha pasado las noches en la habitación de sus padres o con Ashoke al lado. Ojalá abrieran las cortinas para poder charlar con las mujeres estadounidenses. Tal vez alguna de ellas haya dado a luz antes y le cuente qué le va a pasar. Pero ya se ha percatado de que ellas, a pesar de sus demostraciones públicas de afecto, de sus minifaldas y sus bikinis, de que van por la calle cogidas de la mano de los hombres, de que los abrazan en el parque del Cambridge Common, prefieren su intimidad. Apoya una mano en el tambor terso y enorme en que se le ha convertido el vientre, y se pregunta en qué sitio estarán en ese preciso momento los pies y las manos del niño, que ha dejado de mostrarse intranquilo. En los últimos días, quitando algún cosquilleo ocasional, no ha notado ni patadas ni puñetazos ni presión contra las costillas. Se pregunta si será la única persona india del hospital, pero una ligera sacudida del niño le recuerda que, técnicamente, no está sola. A Ashima le parece raro que su hijo esté a punto de nacer en un lugar al que la mayoría de la gente acude para sufrir o para morir. No hay nada que la consuele, ni en las baldosas color hueso, ni en los plafones del techo del mismo tono, ni en las sábanas blancas bien metidas debajo del colchón. En la India, piensa, las mujeres vuelven a casa de sus padres para dar a luz, se alejan de sus esposos, de su familia política y de las tareas domésticas; cuando llegan los hijos, regresan por un breve tiempo a su infancia.

Siente otra contracción, más violenta que la anterior. Grita y aprieta la cabeza contra la almohada. Los dedos se aferran a los barrotes fríos de la cama. Nadie la oye, ninguna enfermera acude al momento. Le han enseñado a medir la duración de las contracciones, así que consulta el reloj, un regalo de despedida que le hicieron sus padres, que se lo pusieron en la muñeca la última vez que los vio, entre los llantos y la confusión del aeropuerto. Hasta que no estuvo en el avión,

volando por primera vez en su vida a bordo de un BOAC VC-10, cuyo ensordecedor ascenso acababan de presenciar veintiséis miembros de su familia desde la terraza del aeropuerto Dum Dum, hasta que no estuvo sobrevolando zonas de la India en las que jamás había estado y luego lugares aún más lejanos, más allá del país, no se dio cuenta de que llevaba puesto aquel reloj, camuflado entre la profusión de pulseras que le adornaban los dos brazos: hierro, oro, coral, concha. Ahora, además, lleva una de plástico con una etiqueta que la identifica como paciente del hospital. El reloj lo usa en la parte interior de la muñeca. En el reverso, junto a las palabras SUMERGIBLE, ANTIMAGNÉTICO e IRROMPIBLE están grabadas sus iniciales de casada, A. G.

Los segundos estadounidenses le retumban en el pulso. Durante medio minuto, una oleada de dolor le invade el vientre y se expande hacia la espalda y las piernas. Luego, una vez más, llega el alivio. La hora que es en la India la calcula con las manos. Con la punta del pulgar se toca las yemas de los morenos dedos. Se detiene cuando va por el tercero. En Calcuta son nueve horas y media más, ya es de noche: las ocho y media. En la cocina del piso de sus padres, en Amherst Street, en ese mismo momento, un criado está sirviéndoles el té que toman después de la cena en vasos humeantes, poniendo en una bandeja las galletas maria. Su madre, que muy pronto va a ser abuela, está de pie frente al espejo del tocador, desenredándose con los dedos el pelo, que le llega a la cintura, todavía más negro que gris. Su padre está inclinado sobre la mesa algo ladeada y manchada de tinta que hay junto a la ventana, dibujando, fumando, escuchando *La voz de América*. Su hermano menor, Rana, estudia en la cama para el examen de Física. Visualiza claramente el suelo de cemento gris pulido de la salita, nota lo frío que está al contacto con los pies descalzos, incluso en los días más cálidos. Una enorme foto en blanco y negro de su difunto abuelo paterno observa desde un rincón, sobre la pared rosada. Enfrente hay una alcoba, separada por unas vidrieras de cristales biselados, llena de libros, de papeles y de las latas de acuarelas de su padre. Por un momento, el peso del niño se desvanece y deja paso a la escena que tiene lugar ante sus ojos, que a su vez cambia para convertirse en la franja azul del río Charles, en las copas verdes de los árboles, en los coches que suben y bajan por Memorial Drive.

En Cambridge son las once de la mañana, ya es hora de comer según el presuroso horario del hospital. Le llevan una bandeja con zumo de manzana tibio, gelatina, helado y pollo asado frío. Patty, la enfermera simpática que lleva un anillo de compromiso con un diamante y a la que le asoma un mechón pelirrojo por debajo de la cofia, le dice a Ashima que se tome sólo el zumo de manzana y la gelatina. Mejor, porque no habría probado el pollo por mucho que se lo hubieran permitido. Los estadounidenses se comen el pollo con piel, aunque hace poco ha encontrado a un amable carnicero de Prospect Street que se la arranca si se lo pide. Patty le ahueca las almohadas, le arregla la cama. El doctor Ashley asoma la cabeza en la habitación de vez en cuando.

—No hay de qué preocuparse —dice con voz cantarina mientras le ausculta la barriga y le da una palmadita en la mano, admirando sus pulseras—. Todo va bien. Señora Ganguli, esperamos un parto perfectamente normal.

Pero a ella nada le parece normal. Desde que llegó a Cambridge, hace dieciocho meses, nada se lo ha parecido. No es tanto por el dolor, porque sabe que a eso sobrevivirá, sea como sea. Es por las consecuencias: ser madre en una tierra extraña. Porque una cosa ha sido estar embarazada, sufrir las náuseas matutinas en la cama, las noches de insomnio, la pesadez de la espalda, las incontables visitas al cuarto de baño. Entre todas esas experiencias, a pesar del malestar creciente, no ha dejado de sorprenderle la capacidad de su cuerpo para crear vida, igual que hicieron los de su madre, su abuela, los de todas sus antepasadas.

Que todo eso pasara tan lejos de casa, sin que la observaran ni la aconsejaran sus seres queridos, lo hizo todo aún más milagroso. Pero la aterroriza tener que criar a un hijo en un país en el que no tiene ningún pariente, un país del que sabe tan poco, donde la vida parece tan provisional, tan precaria...

—¿Qué tal si damos un paseo? A lo mejor te va bien —le pregunta Patty cuando vuelve para llevarse la bandeja.

Ashima levanta la mirada de un ejemplar viejo de la revista *Desh* que se llevó para leer en el vuelo a Boston y que aún no se decide a tirar a la basura. Las páginas impresas con caracteres bengalíes, ligeramente ásperas al tacto, siempre le son de gran alivio. Ha leído al menos una docena de veces todos los relatos, los poemas, los artículos. En la página once hay un dibujo a plumilla que hizo su padre, ilustrador de la revista: una panorámica del norte de Calcuta tomada desde la azotea de su piso una mañana nublada de enero. Ella lo vio hacerlo, lo observó mientras se inclinaba sobre el caballete, con el cigarrillo colgándole entre los labios y los hombros cubiertos con un chal negro de Cachemira.

—Sí, de acuerdo —responde.

Patty la ayuda a levantarse de la cama, le pone las zapatillas y una bata.

—Piensa que en uno o dos días tendrás la mitad del tamaño que tienes ahora —la consuela al ver que hace esfuerzos por mantenerse en pie.

La sujeta del brazo y salen de la habitación camino del pasillo. Tras unos pasos, Ashima se detiene. Una nueva punzada de dolor le recorre todo el cuerpo y empiezan a temblarle las piernas. Niega con la cabeza y los ojos se le llenan de lágrimas.

—No puedo.

—Sí puedes. Apriétame la mano. Apriétamela tanto como quieras.

Tras un minuto, siguen avanzando en dirección a la sala de enfermería.

—¿Qué prefieres? ¿Niño o niña?

—Con tal de que tenga diez *dedo* en la mano y diez *dedo* en el pie... —responde Ashima.

Esas señales concretas de vida, esos detalles anatómicos, son lo que más le cuesta visualizar cuando intenta imaginarse al niño en sus brazos.

Patty esboza una sonrisa demasiado evidente y, de pronto, Ashima es consciente de su error, sabe que debería haber dicho «dedos» en lugar de usar el singular. Esa falta le duele casi tanto como su última contracción. El inglés era su fuerte. En Calcuta, antes de casarse, se preparaba para entrar en la universidad. Daba clases particulares a niños del barrio en sus porches, en sus camas, y los ayudaba a memorizar obras de Tennyson y de Wordsworth, a pronunciar palabras como «*sign*» y «*cough*», a diferenciar entre las tragedias aristotélica y shakespeariana. Pero, en bengalí, la palabra «dedo» es tanto singular como plural.

Un día, después de una de sus clases particulares, su madre la esperaba en la puerta de casa y le pidió que fuera directamente a su habitación a cambiarse de ropa, porque un hombre había ido a verla. Era el tercero en tres meses. El primero había sido un viudo con cuatro hijos. El segundo, un ilustrador de periódicos que conocía a su padre. Lo había atropellado un autobús en Esplanade y había perdido el brazo izquierdo. Para gran alivio suyo, ambos la rechazaron. Ella tenía diecinueve años, era estudiante y no tenía ninguna prisa por casarse. Así que, aunque obedeció a su madre, lo hizo sin esperar nada. Se arregló las trenzas, se

quitó el bermellón con el que se pintaba la raya de los ojos y se echó polvos Cuticura en la cara. El sari liso, de color verde loro, que desdobló y se puso sobre la combinación, se lo había dejado su madre encima de la cama. Antes de entrar en la salita, Ashima se detuvo en el pasillo. Oyó que su madre decía: «Le encanta cocinar y teje muy bien. Me hizo este suéter que llevo puesto en una semana.»

Ashima sonrió. Le divertía la propaganda que le hacía su madre. Había tardado casi un año en terminar aquel suéter, y eso porque su madre le había echado una mano con las mangas. Bajó la vista, se fijó en la zona en que normalmente se descalzaban los invitados y se dio cuenta de que junto a dos pares de chancletas había unos zapatos de hombre que no se parecían a ninguno de los que había visto nunca por la calle, en los tranvías ni en los autobuses de Calcuta, ni siquiera en los escaparates de Bata. Eran marrones, con los tacones negros y los cordones y las costuras de color hueso. En los lados había una serie de agujeros del tamaño de las lentejas, y las puntas estaban decoradas con un dibujo que parecía grabado con agujas en la piel. Al prestar más atención, vio el nombre del fabricante escrito en los laterales interiores, con unas letras doradas que no habían perdido su brillo. Algo e hijos, más las iniciales USA. Mientras su madre seguía describiendo sus virtudes, Ashima, incapaz de resistir un impulso repentino e imperioso, se puso aquellos zapatos. Los restos de sudor de su propietario se mezclaron con los suyos y su corazón empezó a latir con fuerza; aquello era lo más parecido al tacto de un hombre que había experimentado nunca. La piel estaba arrugada, era fuerte y aún estaba tibia. Se fijó en que, en el zapato izquierdo, el cordón estaba mal puesto, y aquel descubrimiento la tranquilizó.

Se los quitó y entró en la salita. El hombre estaba sentado en una silla de ratán y sus padres, al borde de la cama en la que dormía su hermano. Era algo rechoncho, de aspecto intelectual, pero aún joven, con unas gafas negras de pasta gruesa y una nariz aguileña y prominente. El bigote, bien cortado, unido a una perilla, le daba un aire elegante, vagamente aristocrático. Llevaba calcetines y pantalones marrones y una camisa a rayas verdes y blancas, y clavaba la tímida mirada en las rodillas.

Y así siguió al entrar ella. Aunque Ashima notó que la miraba mientras cruzaba la sala, cuando se volvió para verlo, él volvía a estar cabizbajo. Carraspeó como para decir algo, pero no lo hizo. Fue el padre quien empezó a contar que su hijo había estudiado en Saint Xavier y luego en el B. E. College, y que había obtenido las mejores calificaciones en ambas instituciones. Ashima se sentó y se alisó los pliegues del sari. Notaba que su madre la miraba con orgullo. Medía un metro sesenta y cinco, bastante para una bengalí, y pesaba cuarenta y cinco kilos. Era de piel clara, y en más de una ocasión la habían comparado con la actriz Madhabi Mukherjee. Llevaba las uñas admirablemente largas y tenía los dedos finos, de pianista, como los de su padre. Le preguntaron por sus estudios y le hicieron recitar algunos pasajes de *Los narcisos*. La familia de aquel hombre vivía en Alipore. El padre era empleado del departamento de aduanas de una empresa naviera.

—Mi hijo lleva dos años viviendo en el extranjero —prosiguió el padre—; prepara el doctorado en Boston, una investigación en el campo de la fibra óptica.

Ashima no había oído hablar nunca ni de Boston ni de la fibra óptica. Le preguntaron si estaba dispuesta a viajar en avión y si sería capaz de vivir sola en una ciudad famosa por sus crudos inviernos.

—¿Es que él no vivirá allí? —preguntó, señalando al hombre cuyos zapatos se había puesto brevemente, pero que aún no le había dicho ni una palabra.

Su nombre no lo supo hasta después de la boda. Al cabo de una semana se imprimieron las invitaciones y, al cabo de dos, innumerables tías y primas la adornaron y la vistieron. Ésos fueron sus últimos momentos como Ashima Bhaduri, antes de pasar a ser Ganguli. Le oscurecieron los labios, le pintaron las cejas y las mejillas con pasta de sándalo, le adornaron el pelo con flores que sujetaban con cientos de horquillas y que tardaría una hora en quitarse cuando se terminara la boda. Le pusieron una redecilla roja en el pelo. Había mucha humedad y, a pesar de todas aquellas horquillas, no había manera de que el pelo —entre todas las primas, era la que lo tenía más rizado— le quedara liso. Llevaba todos los collares, gargantillas y pulseras, que acabarían pasándose casi el resto de su vida en la caja fuerte de un banco de Nueva Inglaterra. A la hora estipulada, la sentaron en un *piri* que su padre había decorado, la elevaron un metro y medio sobre el suelo y la llevaron a encontrarse con el novio. Se había ocultado el rostro tras una hoja de betel en forma de corazón y mantuvo la cabeza gacha hasta después de rodearlo siete veces.

En Cambridge, a casi trece mil kilómetros, es donde ha llegado a conocerlo. Por las noches cocina para él y espera complacerlo con platos hechos a base de un azúcar, una harina, un arroz y una sal que no están racionados y que llegan totalmente limpios, tal como le escribió a su madre en la primera carta que le envió. A estas alturas ya ha aprendido que a su esposo le gustan los platos salados que prepara, que lo que prefiere del curri de cordero son las patatas y que, para terminar las comidas, se sirve una pequeña ración de arroz con pasta de lentejas. Por la noche se tiende junto a ella y Ashima le explica cómo le ha ido el día: sus paseos por Massachusetts Avenue, las tiendas que visita, los Hare Krishna que la asaltan con sus panfletos, los helados de pistacho que compra en Harvard Square. A pesar de la escasa asignación que recibe como licenciado, aparta siempre un poco de dinero para enviárselo a su padre y contribuir así a la construcción de un anexo en la casa familiar. Es muy maniático con la ropa. La primera discusión que tuvieron fue por un suéter que ella metió en la lavadora y se encogió. En cuanto llega a casa de la universidad, lo primero que hace es quitarse la camisa y los pantalones y colgarlos, para ponerse un pijama de punto y un suéter si hace frío. Los domingos se pasa una hora ocupado con sus latas de betún y sus tres pares de zapatos, dos negros y uno marrón. Ésos son los que llevaba el día en que fue a conocerla. Cuando lo ve sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y rodeado de papeles de periódico, cepillándolos con fuerza, siempre se acuerda de lo que hizo en el pasillo de casa de sus padres. Es algo que sigue sorprendiéndola y que, a pesar de todo lo que le dice por las noches sobre la vida que ahora comparten, prefiere reservarse para sí misma.

En otra planta del hospital, en una sala de espera, Ashoke hojea un número atrasado del *Boston Globe* que alguien se ha dejado en una silla vecina. Lee un reportaje sobre los disturbios que hubo durante la Convención Demócrata de Chicago y un artículo sobre el doctor Benjamin Spock, el pediatra al que han condenado a dos años de cárcel por apología de la desertión. El Favre Leuba que lleva en la muñeca va seis minutos adelantado respecto al reloj de pared gris que tiene delante. Son las cuatro y media de la madrugada. Hace una hora, Ashoke estaba profundamente dormido, con el otro lado de la cama, el de Ashima, lleno de exámenes que se había quedado corrigiendo hasta tarde. Entonces ha sonado el teléfono. Ashima ya había dilatado todo lo que tenía que dilatar y la

llevaban a la sala de partos, le ha dicho la persona que ha llamado. Al llegar al hospital, le han dicho que su esposa está empujando y que la cosa puede ser cuestión de minutos. Cuestión de minutos. Pero si parecía ayer mismo cuando, aquella mañana de invierno pintada de gris, con las ventanas de la casa cada vez más llenas de granizo, ella escupió el té y lo acusó de echarle sal en vez de azúcar. Para asegurarse de que no tenía razón, probó un poco del líquido dulce, pero ella insistió en que lo encontraba amargo y lo tiró por el fregadero. Aquello fue lo primero que lo hizo sospechar, y luego llegó la confirmación del médico. A partir de entonces, cada mañana él se despertaba con el sonido de las arcadas que le llegaba desde el baño, donde Ashima se cepillaba los dientes. Antes de ir a la universidad, le preparaba un té y se lo dejaba junto a la cama, donde ella seguía tumbada en silencio, apática. Muchas veces, por la tarde, cuando volvía a casa, se la encontraba en el mismo sitio, con el té intacto.

Ahora es él quien necesita desesperadamente tomarse uno, porque antes de salir de casa no ha tenido tiempo de preparárselo. Pero la máquina que hay en el pasillo sólo expende café, que en el mejor de los casos saldrá tibio y que se sirve en vasos de papel. Se quita las gafas de pasta gruesa, graduadas por un oculista de Calcuta, y se limpia los cristales con un pañuelo de algodón que siempre lleva en el bolsillo. Tiene su inicial, A, bordada por su madre con hilo azul celeste. El pelo, negro, que normalmente lleva muy bien peinado hacia atrás, le cae un poco sobre la frente. Se levanta y empieza a caminar de un lado a otro, como hacen los demás padres. Hasta este momento, la puerta de la sala de espera se ha abierto dos veces, y una enfermera ha anunciado en un caso que era niño y en el otro que era niña. Manos que se estrechan y palmadas en la espalda, y después se llevan al nuevo padre. Los hombres esperan con puros, con flores, con libretas de direcciones, con botellas de champán. Fuman cigarrillos y tiran la ceniza al suelo. Ashoke se muestra indiferente a esas concesiones. Él no bebe ni fuma. Y Ashima es la que se encarga de anotar las direcciones en un cuadernito que lleva en el monedero. En cuanto a las flores, nunca se le ha pasado por la cabeza comprárselas a su esposa.

Vuelve a hojear el *Globe* sin dejar de caminar. Una ligerísima cojera le hace arrastrar el pie derecho, casi imperceptiblemente, a cada paso. Desde niño tiene la costumbre, y la capacidad, de leer mientras camina, sosteniendo el libro con una sola mano. Lo hacía en el trayecto a la escuela y en casa de sus padres, mientras pasaba de habitación en habitación, mientras subía y bajaba la escalera roja de barro cocido que unía los tres pisos. Nada lo distraía. Nada lo molestaba. Nada lo hacía tropezar. Cuando era adolescente, se había leído todas las obras de Dickens, así como las de varios autores contemporáneos, como Graham Greene y Somerset Maugham, libros que compraba en su tenderete favorito de College Street con el dinero de la *puja*. Pero, por encima de todo, le encantaban los autores rusos. Cuando era niño, su abuelo paterno, que había sido profesor de literatura europea en la Universidad de Calcuta, se los leía en voz alta en traducciones inglesas. Todos los días, a la hora de la merienda, mientras sus hermanos salían a jugar al *kabadi* o al críquet, él se iba a la habitación de su abuelo, que durante una hora le leía tumbado en la cama, bocarriba, con las piernas cruzadas y el libro apoyado en el pecho. Ashoke se acurrucaba a su lado. No oía a sus hermanos, que se reían a carcajadas en la azotea, no veía la minúscula habitación, polvorienta y destartada, desde la que su abuelo seguía con la lectura. «Lee a los rusos y, cuando los acabes a todos, reléelos —le decía—; ellos nunca te fallarán.» Cuando Ashoke tuvo suficiente dominio del inglés, empezó a leer aquellos libros por su cuenta. Caminando por algunas de las calles más ruidosas, por Chowringhee o Gariahat Road, leyó *Los hermanos Karamazov*, *Ana*

Karenina y Padres e hijos. En una ocasión, uno de sus primos menores intentó imitarlo, pero se cayó por la escalera de barro cocido y se rompió un brazo. La madre de Ashoke tenía la seguridad de que algún día lo atropellaría un autobús o un tranvía mientras leía con avidez *Guerra y paz*, de que acudiría leyendo a su encuentro con la muerte.

Y un día, la madrugada del 20 de octubre de 1961, estuvo a punto de pasar. Ashoke había cumplido veintidós años, estudiaba en el B. E. College. Iba montado en el Howrah-Ranchi Express porque tenía vacaciones y quería visitar a sus abuelos, que se habían trasladado de Calcuta a Jamshedpur cuando el anciano se había jubilado de la universidad. Ashoke nunca había pasado las vacaciones separado de su familia, pero su abuelo se había quedado ciego hacía poco tiempo y había pedido expresamente que su nieto fuera a verlo, para que le leyera *The Statesman* por la mañana y a Dostoievski y Tolstói por la tarde. Ashoke aceptó con gusto la invitación. Llevaba dos maletas: una para la ropa y los regalos, y la otra, vacía. Porque sería durante aquella visita, le había dicho su abuelo, cuando los libros que guardaba en la vitrina de puertas de cristal, los libros que había ido acumulando a lo largo de toda su vida y había custodiado bajo llave, le serían entregados a Ashoke. Los volúmenes que le prometió cuando era niño y que, desde que tenía uso de razón, deseaba más que cualquier otra cosa en el mundo. Ya le había regalado algunos en los años anteriores, en sus cumpleaños y otras fechas señaladas. Pero ahora que había llegado el momento de heredar el resto, porque su abuelo ya no podía leer más, Ashoke se sentía triste y, mientras colocaba la maleta vacía debajo del asiento, su falta de peso le desconcertaba, y le dolían las circunstancias que hacían que, a su regreso, hubiera de ir llena.

Para el trayecto llevaba un solo volumen. Se trataba de una edición en tapa dura de relatos de Nikolái Gógol que su abuelo le había regalado por su graduación de secundaria. En la primera página, la del título, bajo la firma de su abuelo, Ashoke había estampado la suya. A causa de la pasión tan desmedida que sentía por ese libro, el lomo se le había abierto hacía poco y amenazaba con partir el volumen en dos bloques. Su cuento favorito era el último, *El capote*, que era el que había empezado a releer en cuanto el tren había salido de la estación de Howrah aquella noche, emitiendo un ensordecedor y prolongado chirrido, que lo alejaba de sus padres y sus seis hermanos y hermanas menores, quienes fueron a despedirlo y permanecieron hasta el último momento junto a su ventana, agitando las manos en aquel andén largo y oscuro. Había perdido la cuenta de las veces que había leído *El capote*; algunas frases y expresiones se las sabía de memoria. Pero una y otra vez quedaba cautivado por la absurda, trágica y, a pesar de todo, reveladora historia de Akaki Akákievich, el empobrecido protagonista, que se pasa la vida copiando sumisamente documentos escritos por otros y suscitando el desprecio de todo el mundo. Su corazón estaba con Akaki, el pobre escribiente, que era lo que el padre de Ashoke había sido al principio de su carrera. Cada vez que leía el pasaje de su bautizo y los ridículos nombres que su madre había rechazado, se reía en voz alta. Se estremecía con la descripción del enorme dedo del pie del sastre Petróvich, «con su uña deformada tan gruesa y tan dura como el caparazón de una tortuga». Se le hacía la boca agua con la descripción de la ternera fría, los hojaldres de crema y el champán que Akaki consumía la noche en que le robaban su querido capote, a pesar de no haber probado nunca esos manjares. Sentía siempre una gran consternación cuando lo asaltaban en «una plaza que a él se le antojaba un terrible desierto» y lo dejaban aterido de frío, vulnerable. Unas páginas después, cuando llegaba a la muerte de Akaki, siempre se le saltaban las lágrimas. En cierto modo, cada vez que leía aquel cuento lo entendía menos y las escenas que imaginaba con tanto detalle y lo absorbían tanto se le

hacían más esquivas y profundas. Y tal como el espíritu de Akaki se aparecía en las páginas finales del relato, así también se le aparecía a él en un lugar muy recóndito de su alma y arrojaba luz sobre todo lo irracional, sobre todo lo inevitable que hay en el mundo.

Fuera, el paisaje se oscurecía por momentos y las luces dispersas de Howrah daban paso a las tinieblas. Iba en un coche cama de segunda clase, detrás del vagón que tenía aire acondicionado. Dada la época del año, el tren iba especialmente lleno y el escándalo era considerable, con todas aquellas familias que se marchaban de vacaciones. Los niños pequeños llevaban puestas sus mejores galas y las niñas, lazos de colores en el pelo. Aunque había cenado antes de salir de casa, llevaba a sus pies la fiambarrera de cuatro pisos que su madre le había preparado, por si de noche le asaltaba el hambre. En su compartimento había otras tres personas. Una pareja de cuarentones de Bihari que, a juzgar por los retazos de conversación que había oído, acababan de casar a su hija mayor, y un comerciante bengalí simpático y barrigón que vestía traje y corbata, y que se llamaba Gosh. Éste le contó que había regresado hacía poco tiempo a la India tras pasar dos años trabajando en Inglaterra, pero que había tenido que volver porque su mujer era tremendamente desgraciada en el extranjero. Gosh hablaba con gran respeto de Inglaterra. Las calles impolutas, despejadas; los coches negros, brillantes; las filas de casas blancas y radiantes, dijo, eran como un sueño. Los trenes salían y llegaban puntualmente, añadió Gosh. Nadie escupía en las aceras. Su hijo había nacido en un hospital británico.

—¿Has visto algo de mundo? —le preguntó a Ashoke mientras se quitaba los zapatos y se sentaba en la cama con las piernas cruzadas. Sacó un paquete de cigarrillos Dunhill del bolsillo de la chaqueta y ofreció a todos los que iban con él en el compartimento antes de encenderse uno.

—Una vez estuve en Deli. Y, últimamente, voy una vez al año a Jamshedpur.

Gosh sacó un brazo por la ventanilla y sacudió con desgana la punta encendida del cigarrillo en la oscuridad de la noche.

—No digo este mundo —insistió, mirando con desencanto al interior del compartimento. Alzó la cabeza por encima de la ventanilla—. Inglaterra, Estados Unidos —dijo, como si las aldeas sin nombre por las que pasaban se hubieran transformado de pronto en aquellos países—. ¿Te has planteado alguna vez la posibilidad de conocerlos?

—Mis profesores lo comentan de vez en cuando. Pero yo tengo familia —respondió Ashoke.

Gosh frunció el entrecejo.

—¿Ya estás casado?

—No. Tengo padre, madre y seis hermanos. Yo soy el mayor.

—Y dentro de pocos años estarás casado y vivirás en casa de tus padres —conjeturó Gosh.

—Supongo.

El hombre negó con la cabeza.

—Todavía eres joven. Y libre —añadió, separando los brazos para dar más fuerza a sus palabras—. Hazte un favor a ti mismo. Antes de que sea demasiado

tarde, y sin pensártelo mucho, mete una almohada y una manta en la maleta y vete a ver mundo, tanto mundo como puedas. No lo lamentarás. Antes de que te des cuenta, será demasiado tarde.

—Mi abuelo siempre dice que para eso son los libros —comentó Ashoke, aprovechando la ocasión para abrir el volumen que tenía entre las manos—. Para viajar sin moverse ni un centímetro.

—A cada cosa, lo suyo —opinó Gosh. Volvió la cabeza cortésmente hacia un lado y dejó caer la colilla de la punta de los dedos. Se agachó para abrir una bolsa que tenía a los pies, sacó la agenda y la abrió por el 20 de octubre. La página estaba en blanco y, sobre ella, escribió su nombre y dirección con una pluma estilográfica cuyo capuchón desenroscó parsimoniosamente. Arrancó la página y se la dio a Ashoke—. Si alguna vez cambias de parecer y necesitas algún contacto, házmelo saber. Vivo en Tollygunge, justo detrás de las cocheras del tranvía.

—Gracias —respondió Ashoke, doblando el papel y metiéndolo entre las páginas del libro.

—¿Te apetece echar una partida de cartas? —le preguntó Gosh. Sacó una baraja gastada del bolsillo del traje, con imágenes del Big Ben en el reverso. Pero Ashoke se negó educadamente, porque no sabía jugar a nada y además prefería leer. Uno a uno, los pasajeros fueron cepillándose los dientes en el pasillo, poniéndose los pijamas, corriendo las cortinas de sus compartimentos, y se fueron acostando. Gosh se ofreció a dormir en la cama de arriba y subió descalzo la escalerilla después de doblar con mucho cuidado el traje. Así, Ashoke se quedó con toda la ventanilla para él solo. La pareja de Bihari se comió unos dulces y bebió un poco de agua de una misma taza, sin tocar el borde con los labios. Ellos también se acostaron en sus respectivas literas, apagaron las luces y se volvieron de cara a la pared.

Sólo Ashoke siguió leyendo, sentado en su cama, con la ropa puesta, iluminado por una pequeña bombilla. De vez en cuando alzaba la vista y, por la ventana abierta, veía la noche negra de Bengala, las vagas sombras de las palmeras y de las casas más modestas. Sin hacer ruido, iba pasando las páginas amarillentas del libro, algunas de ellas comidas por las polillas. La locomotora de vapor resoplaba con fuerza, infundía confianza, y en el pecho le retumbaba el duro roce de las ruedas contra las vías. De la chimenea salían chispas que pasaban junto a su ventana. Una fina capa de hollín pegajoso le iba cubriendo un lado de la cara, un párpado, un brazo, un lado del cuello; su abuela le haría frotarse bien con una pastilla de jabón Margo en cuanto llegara. Metido de lleno en la callada agonía de Akaki Akákievich, perdido en las anchas avenidas de San Petersburgo, cubiertas de un manto blanco, ignorando que algún día él también habría de transitar por calles nevadas, Ashoke seguía leyendo a las dos y media de la madrugada —era uno de los pocos pasajeros despiertos a esas horas—, cuando la locomotora y siete vagones descarrilaron. El ruido fue como la explosión de una bomba. Los primeros cuatro volcaron en una hondonada, junto a los raíles. El quinto se empotró contra el sexto, ambos de primera clase y con aire acondicionado, y sus ocupantes murieron mientras dormían. El séptimo, que era el de Ashoke, también volcó y, con la fuerza del impacto, salió despedido hasta el campo vecino. El accidente tuvo lugar a doscientos nueve kilómetros de Calcuta, entre las estaciones de Ghatshila y Dhalbumgarh. El teléfono portátil del supervisor no funcionaba; tuvo que ir corriendo los cinco kilómetros que lo separaban de Ghatshila para

transmitir la petición de auxilio. Y pasó más de una hora antes de la llegada de una brigada que, con linternas, palas y hachas empezó a rescatar cuerpos de los vagones.

Ashoke recuerda todavía los gritos, la gente que preguntaba si había alguien con vida entre el amasijo de hierros. Recuerda que intentaba responder, pero que no podía, porque de su boca no salía más que un débil murmullo. Recuerda a la gente medio muerta que tenía a su alrededor, que gemía y daba golpes en las paredes del tren, que susurraba desesperada palabras de auxilio, palabras que sólo oían los que, como ellos, habían quedado atrapados y malheridos. Tenía la pechera y la manga derecha de la camisa empapadas en sangre y medio cuerpo fuera de la ventanilla. Recuerda que no veía nada; durante las primeras horas pensó que tal vez, como su abuelo, a quien iba a visitar, se había quedado ciego. Recuerda el olor acre de las llamas, el zumbido de las moscas, el llanto de los niños, el sabor del polvo y la sangre en la lengua. Estaban en medio de la nada, en el campo. A su alrededor, campesinos, inspectores de policía, algunos médicos. Recuerda haber pensado que se estaba muriendo, que tal vez ya estuviera muerto. Se había quedado sin sensibilidad en la parte inferior del cuerpo y por eso no era consciente de que los miembros desgarrados de Gosh le rodeaban las piernas. Finalmente, intuyó el azul frío y hostil de la madrugada, la luna y algunas estrellas que aún brillaban en el cielo. El libro, que se le había caído de las manos, se había partido en dos, y las páginas de ambas mitades se agitaban cerca de las vías. El destello de una linterna las iluminó un instante, y distrajeron por un momento a uno de los rastreadores. «Aquí no hay nada —oyó que alguien decía—. Sigamos.»

Pero el haz de luz se quedó en el mismo sitio un poco más y a Ashoke le dio tiempo de levantar la mano, gesto que, en aquellos momentos, le pareció que había de consumir la poca vida que le quedaba. Aún sujetaba con fuerza una página de *El capote* y, al levantar el brazo, se le escapó y salió volando. «¡Un momento! —oyó que alguien gritaba—. El que está al lado del libro. He visto que se movía.»

Lo sacaron de entre los hierros, lo tendieron en una camilla y lo montaron en otro tren para trasladarlo al hospital de Tatanagar. Se había roto la pelvis, el fémur derecho y tres costillas. Todo aquel año lo pasó tumbado bocarriba, con orden de moverse lo menos posible para que se le soldaran bien los huesos. Existía el riesgo de que la pierna derecha le quedara paralizada para siempre. Lo transfirieron al Hospital Universitario de Calcuta, donde le implantaron dos tornillos en las caderas. En diciembre pudo volver a casa de sus padres, en Alipore. Atravesó tumbado el patio y, tumbado, como si fuera un cadáver, sus cuatro hermanos lo subieron a hombros por la escalera de barro cocido. Tres veces al día tenían que darle la comida en la boca. Orinaba y defecaba en un orinal. Los médicos y las visitas entraban y salían de su habitación. Incluso su abuelo ciego de Jamshedpur fue a verlo. Sus padres le habían guardado recortes de periódicos que daban cuenta del suceso. Vio una foto del estado en que quedó el tren, otra de los guardias de seguridad sentados sobre las pertenencias que nadie había reclamado. Supo que se habían encontrado eclisas y tuercas a varios metros de la vía, lo que había dado pie a sospechas sobre un posible sabotaje que nunca llegó a confirmarse, y se enteró de que algunos cuerpos habían quedado mutilados hasta tal punto que eran irreconocibles. «Veraneantes encuentran la muerte», era el titular del *Times of India*.

Al principio se pasaba gran parte del día mirando el techo, las tres grandes aspas color hueso del ventilador que había en el centro y sus amenazantes filos.

Cuando estaba en marcha, oía el movimiento de las páginas de un calendario que tenía detrás. Si giraba la cabeza hacia la derecha, veía la ventana, la botella polvorienta de Dettol sobre el alféizar y, si las persianas estaban abiertas, la pared de cemento que rodeaba la casa y las lagartijas marrones que pululaban por ella. Escuchaba la incesante profusión de ruidos que le llegaban de fuera, los pasos, los timbres de las bicicletas, el persistente graznido de los grajos, las bocinas de los *rickshaws* que retumbaban en el callejón, tan estrecho que los taxis no pasaban por él. Oía cómo bombeaban agua del pozo de la esquina y la echaban en cubos. Cada tarde, al anochecer, le llegaba el sonido de una caracola que anunciaba la hora de la oración. Olía, pero no veía, el líquido espeso, verde y brillante que recorría la alcantarilla al aire libre. La vida en la casa seguía su curso. Su padre iba y volvía del trabajo; sus hermanos y hermanas, del colegio. Su madre trabajaba en la cocina y, de cuando en cuando, entraba a echarle un vistazo con el delantal manchado de cúrcuma. Dos veces al día, la criada escurría unos trapos en cubos de agua y fregaba el suelo.

Se pasaba el día amodorrado por culpa de los analgésicos. De noche soñaba que seguía atrapado en el tren o, aún peor, que el accidente nunca había sucedido, que caminaba por una calle, que se bañaba, que se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas y comía por sus propios medios. Y entonces se despertaba empapado en sudor y con lágrimas en los ojos, convencido de que ya no volvería a hacer nunca más todas esas cosas. Al final, en un intento de evitar las pesadillas, empezó a leer hasta muy tarde, por las noches, que era cuando su cuerpo inmóvil más se inquietaba, cuando su mente parecía más ágil y más clara. Con todo, se negaba a leer a los autores rusos que su abuelo le había llevado. En realidad, había dejado de leer novelas de todo tipo. Aquellos libros, ambientados en países que no conocía, no hacían más que recordarle su confinamiento. Lo que hacía era leer obras de ingeniería; intentando en lo posible no perder el ritmo del curso, resolvía ecuaciones a la luz de una linterna. En aquellas horas de silencio, pensaba a menudo en Gosh. «Mete una almohada y una manta en la maleta», lo oía decir. Recordaba la dirección que le había escrito en una página de su agenda, un lugar que quedaba detrás de las cocheras del tranvía de Tollygunge. Se habría convertido en el hogar de una viuda, de un huérfano. Cada día, para animarlo, su familia le hablaba del futuro que tenía por delante, del día en que volvería a valerse por sí mismo, a moverse libremente por su habitación. Era por todo eso por lo que sus padres rezaban diariamente. Era por eso por lo que su madre se abstenía de comer carne los miércoles. Pero, a medida que iban pasando los meses, Ashoke se imaginaba otro futuro bien distinto. No sólo se veía caminando, sino marchándose lo más lejos posible de la casa en la que había nacido y en la que había estado a punto de morir. Al año siguiente, con la ayuda de un bastón, volvió a la universidad y se licenció y, sin que lo supieran sus padres, solicitó una beca para ampliar sus estudios de ingeniería en el extranjero. Sólo cuando se la concedieron, sólo cuando se hizo con un pasaporte nuevo, expuso sus planes a su familia. «Pero si ya hemos estado a punto de perderte una vez», protestó su padre, desconcertado. Sus hermanos suplicaron y lloraron. Su madre se quedó muda y se pasó tres días sin probar bocado. Pero, a pesar de todo, se fue.

Siete años más tarde, sigue habiendo ciertas imágenes que lo asaltan cuando menos se lo imagina. Lo esperan en una esquina cuando entra a toda prisa en el departamento de Ingeniería del MIT a revisar el buzón del campus. Se agazapan detrás de su hombro cuando se inclina sobre un plato de arroz a la hora de la cena, o cuando se acurruca en los brazos de Ashima, por la noche. En todos los momentos importantes de su vida: durante su boda, cuando desde atrás sujetaba

a la novia de la cintura y los dos tiraban arroz inflado a una hoguera, o durante sus primeras horas en Estados Unidos, cuando contemplaba aquella pequeña ciudad gris cubierta de nieve, ha intentado sin éxito ahuyentar esas imágenes de su mente: los vagones volcados, destrozados, maltrechos, su cuerpo atrapado en uno de ellos, el horrible sonido que había oído sin comprender, sus huesos molidos como si fueran harina. No es el recuerdo del dolor lo que lo persigue, de eso no conserva memoria; es el recuerdo de la espera, antes de que lo rescataran, el temor persistente que le subía por la garganta, el miedo de que no lo rescataran nunca. E incluso ahora sigue siendo claustrofóbico y aguanta la respiración en los ascensores, se siente enjaulado en un coche que no lleve todas las ventanillas abiertas. En los aviones pide siempre sentarse junto a la salida de emergencia. A veces, los llantos de los niños despiertan en él un miedo muy profundo y, de vez en cuando, todavía se aprieta las costillas para constatar que están bien soldadas.

Ahora, en el hospital, se las vuelve a apretar y niega con la cabeza, aliviado, poco convencido. Aunque es Ashima la que lleva al niño en el vientre, él también siente un peso, el peso de la vida, de la suya y de la que está a punto de salir de ella. A él lo criaron sin agua corriente y a los veintidós años casi se muere. Vuelve a notar el sabor del polvo en la boca, ve el amasijo de hierros del tren, las enormes ruedas patas arriba. En teoría, no debería haber sucedido todo aquello. Pero no, él sobrevivió. Nació dos veces en la India y luego, una tercera, en Estados Unidos. Tres vidas a los treinta años. Por eso da las gracias a sus padres, a los padres de sus padres y a los padres de éstos. A Dios no le da las gracias. Venera abiertamente a Marx y rechaza discretamente la religión. Pero hay otra alma muerta a quien debe estar agradecido: al libro no puede darle las gracias. El libro murió aquel día, como él, casi, se partió en trozos, durante las primeras horas de aquella madrugada de octubre, en un campo situado a doscientos nueve kilómetros de Calcuta. Así, cuando Patty entra en la sala de espera, en vez de darle gracias a Dios se las da a Gógol, el escritor ruso que le salvó la vida.

2

El niño nace a las cinco y cinco de la madrugada. Mide cincuenta y un centímetros y pesa tres kilos y cuatrocientos gramos. La visión inicial que tiene Ashima, antes de que le corten el cordón umbilical y se lo lleven, es la de una criatura cubierta de una espesa pasta blanca y con manchas de sangre, de su sangre, en los hombros, los pies y la cabeza. Le han clavado una aguja en las lumbares y ha perdido la sensibilidad de la cintura a las rodillas, aunque en las últimas fases del parto se le ha despertado un intenso dolor de cabeza. Cuando todo termina, se pone a temblar violentamente, como aquejada de una fiebre muy alta. Pasa así media hora, algo aturdida, con una manta encima, vacía por dentro, aún deformada por fuera. No puede hablar, no deja que las enfermeras la ayuden a cambiarse el camisón empapado en sangre por otro limpio. Por más agua que bebe, tiene la boca muy seca. Le dicen que se siente en el retrete, que se eche agua tibia entre las piernas. Al final, la limpian con una esponja, le cambian la ropa y la llevan en camilla a otra habitación. La luz es tenue y reparadora, y sólo hay otra cama junto a la suya, vacía de momento. Cuando entra Ashoke, Patty le está tomando la tensión arterial. Ashima está reclinada sobre un montón de almohadas y sostiene al niño en brazos, envuelto como un paquete blanco y alargado. Junto a la cama hay una cunita con una etiqueta en la que se lee GANGULI, VARÓN.

—Aquí lo tienes —dice con voz tranquila mientras mira a Ashoke y sonríe débilmente.

Está pálida y le falta color en los labios, tiene ojeras y parece como si llevara varios días sin peinarse. Está medio afónica, como si hubiera pillado un resfriado. Ashoke acerca una silla a la cama y Patty se ofrece a pasar al niño de los brazos de la madre a los del padre. En el tránsito, el niño rompe el silencio de la habitación con un breve grito. Sus padres reaccionan alarmados, a la vez, pero Patty se echa a reír.

—¿Ves? —le dice a Ashima—. Ya empieza a reconocerte.

Él hace lo que la enfermera le ordena. Extiende los brazos y le pone una mano bajo el cuello y otra bajo las nalgas.

—Vamos —insiste Patty—. Le gusta que lo abracen con fuerza. No es tan delicado como crees.

Ashoke levanta el paquetito en sus brazos, se lo acerca más al pecho.

—¿Así?

—Así —responde Patty—. Os voy a dejar a los tres solos un rato.

Al principio, Ashoke está más perplejo que conmovido, perplejo por lo puntiaguda que es la cabeza, por lo hinchados que tiene los párpados, por las manchitas blancas de las mejillas, por lo carnoso del labio superior, que cuelga ostensiblemente sobre el otro. Es de piel mucho más blanca que la de cualquiera de los dos,

casi traslúcida, y a través de ella se le transparentan las venas verdosas de las sienes. Tiene una mata de pelo negro y ondulado. Intenta contarle las pestañas. Le toca con cuidado los pies y las manos a través de la tela.

—No le falta nada —dice Ashima sin dejar de observar a su esposo—. Ya lo he comprobado yo.

—¿Cómo tiene los ojos? ¿Por qué no los abre? ¿Los ha abierto ya?

Ashima asiente con la cabeza.

—¿Y ve bien? ¿Nos ve a nosotros?

—Creo que sí, aunque no del todo. Y me parece que no ve en color. Aún no.

Se quedan así, sentados en silencio, inmóviles como piedras.

—¿Qué tal te encuentras tú? ¿Ha ido todo bien? —pregunta Ashoke.

Pero ella no responde y, cuando levanta la vista y la mira, se da cuenta de que se ha quedado dormida.

Vuelve a mirar al niño, que ha abierto los ojos, negros como el pelo, y lo observa fijamente, sin pestañear. La cara se le ha transformado al momento; Ashoke no ha visto nunca nada tan perfecto. Se imagina a sí mismo como una presencia oscura, granulada, borrosa. Como un padre para su hijo. Vuelve a pensar en la noche en que estuvo a punto de morir, pues el recuerdo de esas horas que lo han marcado para siempre entra y sale sin permiso de su mente. Que lo rescataran de aquel vagón descarrilado fue el primero de los milagros de su vida. Pero ahí, ahora, entre sus brazos, tan ligero que apenas pesa nada, aunque tan importante que todo lo cambia, está el segundo.

. . .

Además de su padre, visitan al recién nacido tres personas, las tres bengalíes: Maya y Dilip Nandi, un matrimonio joven que vive en Cambridge y al que Ashima y Ashoke conocieron hace unos meses en el centro comercial Purity Supreme, y el doctor Gupta, un profesor de Matemáticas de Dehradun, soltero, de unos cincuenta años, que se ha hecho amigo de Ashoke de tanto verlo por los pasillos del mrt. Cuando alimentan a los niños, los hombres, incluido Ashoke, salen al pasillo. Maya y Dilip le regalan al niño un sonajero y un álbum para que sus padres dejen constancia en él de todos los aspectos de su infancia. Tiene incluso un círculo para que peguen un mechón de su primer corte de pelo. El doctor Gupta le regala una bonita edición ilustrada de los cuentos de Mamá Oca.

—Qué afortunado es este niño —comenta Ashoke—. Sólo tiene unas horas de vida y ya es dueño de libros.

Qué distinto de su propia infancia, piensa.

Ashima también nota las diferencias, aunque por otras razones. Pues, por mucho que agradezca la compañía de los Nandi y del doctor Gupta, esas personas no son más que sucedáneos de las que en realidad deberían estar con ellos en esos momentos. Sin sus abuelos, sin sus padres, sin sus tíos y tías al lado, el

nacimiento, como casi todo lo que le sucede en América, tiene algo de fortuito, de verdad a medias. Así, mientras acaricia, besa y estudia a su hijo, no puede evitar sentir lástima por él. No conoce a ningún otro ser que haya venido al mundo tan solo, tan falto de familia...

Como ni a los abuelos maternos ni a los paternos les funciona el teléfono, la única manera de comunicarse con ellos es mediante sendos telegramas a Calcuta, que Ashoke ha puesto ya: «Bendiciones. Niño y madre bien.» En cuanto al nombre, han decidido que se lo ponga la abuela de Ashima, que tiene más de ochenta años y ha escogido el nombre de sus otros seis biznietos. Cuando se enteró del embarazo de Ashima, se alegró mucho ante la idea de buscar un nombre para el primer *sahib* de la familia. Así que tanto ella como su marido han decidido esperar hasta que llegue la carta, ignorando los impresos del hospital para la solicitud del certificado de nacimiento. La abuela de Ashima ha ido personalmente a la oficina de correos, apoyándose en su bastón, para enviarla. Es la primera vez que sale en diez años. En el sobre van un nombre de niña y otro de niño. Y no se los ha revelado a nadie.

Aunque la envió hace un mes, en julio, todavía no ha llegado. Ashima y Ashoke no están especialmente preocupados. Los dos saben que, en el fondo, a un recién nacido no le hace falta tener nombre. Le hace falta que lo alimenten, que lo bendigan, que le regalen algo de oro y de plata, que le den palmaditas en la espalda después de las tomas, que lo sostengan con cuidado por el cuello. Los nombres pueden esperar. En la India, los padres se dan su tiempo. No es raro que tarden años en dar con el nombre adecuado, con el mejor. Los dos pueden citar ejemplos de primos a los que no se puso un nombre oficial hasta que empezaron a ir al colegio, a los seis o siete años. Los Nandi y el doctor Gupta lo entienden perfectamente. Están de acuerdo, por supuesto, en que deben esperar a que llegue la carta de la abuela.

Además, siempre está el apodo cariñoso, práctica bengalí que garantiza que toda persona tenga dos nombres. En bengalí, apodo es *daknam*, que significa, literalmente, el nombre con el que los familiares y amigos llaman a alguien, en casa y en momentos privados, íntimos. Los apodos cariñosos son vestigios de la infancia que perdura, recordatorios de que la vida no es siempre tan seria, tan formal, tan complicada..., como lo son también de que las personas no son lo mismo para todos. Todo el mundo tiene un apodo. El de Ashima es «Monu», el de Ashoke es «Mithu» y, aunque sean adultos, son éstos los nombres por los que sus respectivas familias los llaman, los nombres con los que los adoran, los riñen, los echan de menos, los aman.

A todo apodo le corresponde un nombre oficial, un *bhalonam*, que identifica a la persona en el mundo exterior. Así, los nombres oficiales figuran en los sobres, en los certificados de estudios, en los listines telefónicos y en otros documentos públicos. (Por eso, en las cartas que le manda su madre, pone «Ashima» fuera y «Monu» dentro.) Los nombres oficiales tienden a revestirse de dignidad. Ashima significa «la ilimitada, la que carece de confines». Ashoke, que es el nombre de un emperador, significa «el que trasciende la pena». Los apodos cariñosos no aspiran a tanto y nunca se registran oficialmente; se pronuncian y se recuerdan, eso es todo. A diferencia de los nombres oficiales, suelen carecer de significado o son deliberadamente tontos, irónicos, incluso onomatopéyicos. Es habitual que, durante la infancia, a un niño lo llamen por infinidad de apodos, hasta que uno de ellos cuaja y se impone sobre los demás.

En determinado momento, cuando abre los ojos y mira a su círculo de admiradores, al niño se le marcan mucho las arrugas de la cara y el señor Nandi se inclina hacia él y lo llama «Buró», que en bengalí significa «viejo».

—¿Cómo se llama? ¿Buró? —pregunta Patty con voz cantarina al entrar con otra bandeja de pollo asado para Ashima. Ashoke levanta la tapa y da buena cuenta de él; las enfermeras de maternidad han empezado a llamar a Ashima «la chica del helado y la gelatina».

—No, no, no se llama así, eso no es un nombre. Aún no lo hemos decidido. Es mi abuela quien lo va a escoger.

Patty asiente.

—¿Y va a venir pronto?

Ashima se echa a reír, su primera carcajada sincera desde que ha dado a luz. Pensar en su abuela, una mujer nacida en el siglo pasado, encorvada y vestida de luto blanco, cuya piel aceitunada se resiste a las arrugas, montándose en un avión para llegar hasta Cambridge le resulta imposible, absurdo, por más que la idea le guste, la entusiasme.

—No, pero esperamos carta suya.

Esa noche, Ashoke va a casa y revisa el buzón. Pasan tres días más. A Ashima, las enfermeras le enseñan a cambiar pañales, a desinfectar el cordón umbilical. Le dan baños de agua con sal para deshinchar las magulladuras y los puntos. Le facilitan una lista de pediatras y le dan un montón de folletos sobre lactancia materna, vínculo afectivo y vacunación. Le regalan muestras de champú infantil, bastoncillos y cremas. Al cuarto día reciben una noticia buena y otra mala. La buena es que a Ashima y al niño les van a dar el alta a la mañana siguiente. La mala es que el señor Wilcox, encargado de tramitar los certificados médicos del hospital, les informa de que deben ponerle un nombre a su hijo. Al parecer, en Estados Unidos no está permitido que un niño abandone el hospital si no tiene el certificado de nacimiento, que a su vez no puede obtenerse si no se rellena la casilla del nombre.

—Pero, señor —protesta Ashima—, no podemos de ninguna manera ponerle el nombre nosotros.

El señor Wilcox, un hombre delgado, calvo, serio, mira a los dos miembros de la pareja, a los que se ve claramente turbados, y al niño sin nombre.

—Entiendo —dice—. ¿Y cuál es el motivo?

—Esperamos una carta —responde Ashoke, que pasa a explicarle la situación con pelos y señales.

—Entiendo —repite el señor Wilcox—. Lo siento, porque me temo que entonces la única posibilidad será que en la casilla del nombre figure «Ganguli, varón». Por supuesto, se les pedirá que vengán a modificar los datos cuando se decida el nombre definitivo del recién nacido.

Ashima mira a su marido, indecisa.

—¿Es eso lo que debemos hacer?

—Yo personalmente no se lo recomiendo —interviene el señor Wilcox—. Tendrán que presentarse ante un juez, pagar una tasa. El papeleo será interminable.

—Vaya —dice Ashoke.

El señor Wilcox asiente, y se hace el silencio.

—¿No tienen ningún nombre de reserva? —les pregunta.

Ashima arruga la frente.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, algún nombre escogido por ustedes, por si el de su abuela no les gustara.

Ashima y Ashoke niegan con la cabeza. Ni se les ha ocurrido dudar de la elección de su abuela, poner en tela de juicio los deseos de una persona mayor.

—Siempre pueden ponerle el nombre del padre, o el de algún familiar —propone el señor Wilcox, que les explica que él, en realidad, es el tercer miembro de su familia que lleva el nombre de Howard—. Es una tradición bonita. Los reyes de Francia y de Inglaterra la respetaban.